

sigue su curso, siempre entoldado por la apretada masa de los boscajes hasta salir á los claros de Gorriz, donde se le junta el Urrobi.—No te interesa saber qué límites separan el bosque de Salazar del de Aezcoa, pero sí te conviene, supuesto que estudiamos la Navarra española, que te diga dónde acaba nuestra tierra y empieza la francesa en la comarca que recorreremos. Así, pues, ten entendido que la línea divisoria entre nuestra Navarra y el país de Cisa y Sola corre por el hoyo de Archilondo y por los altos de Basaramberro y Belodi hasta el pico de Ori, pues aunque es cierto que los franceses de Cisa disputaron al valle de Salazar la propiedad del alto de Zabaleta, que cae dentro de nuestro territorio, alegando cierta sentencia arbitral del año 1507, es cosa reconocida que en el tal documento, referente sólo al modo de disfrutar la *facería* ó pastos comunes, no se prejudgó la cuestión de propiedad; por el contrario, el valle de Salazar no sólo ha ejecutado desde tiempo inmemorial todo género de actos de posesión y propiedad en ese término, practicando grandes cortas de árboles, construyendo edificios y cultivando y acotando los campos, á vista, ciencia y paciencia de los fronterizos franceses, sin ninguna oposición en una larga serie de años, sino que además los comisionados Caro y Ornano, en su reconocimiento del año 1788, trazaron la divisoria de España y Francia por el referido hoyo de Archilondo y alto de Basaramberro, y si entonces no se plantaron los mojones fué por la guerra que sobrevino con la República francesa.—No te referiré la prolija historia de las graves cuestiones de límites que desde mediados del siglo xvii se vienen agitando en esta frontera; pero sí te daré alguna idea de los grandes establecimientos que para la extracción de árboles destinados á la marina real, y para las fábricas de hierro colado y de municiones de guerra se fundaron en este bosque y en el inmediato pueblo de Orbaiceta, reinando Carlos III.—Sin internarnos demasiado en la enmarañada selva donde el curioso viajero puede ser presa de dos enemigos,—de algún oso bajado de la montaña, ó de alguna fiebre maligna de

las que se crían en los miasmas palúdicos de los remansos en las umbrías que más deleitosas parecen,—nos sentaremos entre sol y sombra junto al puentecillo rústico que allá dentro miras medio escondido en aquel boscaje, donde las entretrejidas ramas de los árboles forman transparente pabellón de verde y oro, glorieta que Rubens ó el Tiziano hubieran escogido para la siesta de Venus cazadora acompañada de sus ninfas; y allí te contaré lo que he leído de esas construcciones que están acusando la decadencia de nuestra marina y de nuestra industria; porque has de saber que hubo un tiempo en que se oía constantemente en estos contornos, donde hoy es todo silencio y abandono, ruido de talleres, rumor de aguas cayendo de las esclusas, golpear de martillos y batanes, rechinar de tinglados, aserrar de troncos, canciones de operarios y voces de mando de capataces.

Toda la extensión del bosque está cubierta de altos haya-les, de tal espesura, que apenas puede transitar el hombre por entre sus troncos. La altura de estos árboles es inmensa: por lo general no tienen ramaje hasta la elevación de 50 á 60 piés: su color es blanco, y su calidad inmejorable para remos, due-las y muebles de todo género. Los pinabetes se mezclan con las hayas algo más arriba de la confluencia del Egurgoa con el Irati, y se extienden hacia el Este en el trayecto del Urchuria y del Urbelcha á los puertos de Irati-Soro, Belodi, Ori y Abodi, aumentando su espesura á medida que se dilata el bosque hacia levante. La altura de los pinabetes es todavía más extraordinaria, porque descuellan mucho sobre las hayas. Hace algunos años, los carpinteros de Ochagavía encontraron en este bosque un pinabete derribado por el viento que medía más de 150 piés de longitud, y señalaron su dimensión en la plaza del pueblo para admiración de sus habitantes. Del Egurgoa para abajo, aunque el bosque sigue más de 3 leguas, no se encuentra un solo pinabete: lo cual prueba que su semilla vuela con el viento del noroeste y busca para multiplicarse los parajes más frescos. La mayor espesura, altura y frondosidad, así de las ha-

yas como de los pinabetes, se advierte en las exposiciones al norte y al oeste, así que la ladera de Guibelaga es la parte más rica de la selva de Irati.—Esta magnífica selva puede considerarse como intacta todavía, porque los cortes hechos por el Gobierno, aunque fueron de alguna consideración, no dejaron merma visible en la inmensidad de su arbolado, y porque las que luégo ha verificado la Sociedad titulada de Irati, desde el año 1840 en que tomó el bosque en arrendamiento, son tan insignificantes, que ningún año pasaron de 1000 hayas y 600 pinabetes. Los arrastres de las maderas hasta el río son sumamente difíciles á causa de las cortaduras, peñascales y precipicios que interceptan el terreno, y su conducción en almadías muy peligrosa por lo arrebatado de las corrientes, que van saltando de peña en peña hasta cerca de la villa de Aoiz, donde principia la llanura.—No quiero que nos alejemos de este teatro donde la naturaleza primitiva logra uno de sus más hermosos triunfos—cual es el de hacerse preferir á las más grandes creaciones del hombre,—sin conducirte al paraje donde se verifica, en pequeño, aunque muy repetido, el fenómeno que hace célebre al Guadiana, de hundirse en la tierra para reaparecer luégo. Mira ese arroyo que lleva el nombre de Urbelcha, que en el nacimiento del Irati mezcla sus aguas con otros arroyos: en su álveo hay una cueva donde entra una parte de su caudal; si esa cueva no se tapa, la tierra se traga todo el arroyo, y no se ha podido hasta ahora averiguar adónde van sus aguas; pero el Irati, antes de apoderarse de esta pequeña corriente, se hunde varias veces en otras cuevas ó cisternas, que no se advierten en el invierno, y sí en el verano cuando merman los arroyos, y semejante al río prodigioso en que se halla metamorfoseado el fiel escudero de Durandarte, reaparece después de haber corrido bajo tierra un largo trecho. Advierte que el Irati no pasa muy lejos de Roncesvalles, donde Durandarte fué muerto, y te parecerá curiosa la coincidencia de repetirse aquí lo que hace en la provincia de Ciudad-Real el Guadiana.

No podemos formarnos cabal idea de la flora y de la fauna del país que vamos estudiando, si antes no conocemos sus condiciones climatológicas. El clima de los Pirineos occidentales es templado, pero muy variable: la vecindad del Océano comunica al aire una frescura agradable, que cuando se aproximan los equinoccios ó los solsticios, desaparece ante el soplo abrasador del solano. Los vientos del Este y del nordeste se dejan sentir rara vez: hacen el aire más fresco y hacen también brillar el cielo con gran esplendor en las hermosas y plácidas noches de otoño. El viento del sudoeste, con las violentas tronadas que engendra, interrumpe la sequedad del estío, y las cimas de los Pirineos que les sirven de conductores eléctricos, concentran sus rápidas explosiones: el rayo estalla sobre las insensibles rocas y hiere en los desiertos, mientras la lluvia tibia y brillante fertiliza los valles; la tempestad brama sordamente y se disipa en pocas horas, pero á veces trae consigo una larga serie de días lluviosos.—El otoño en los Pirineos es casi siempre magnífico: en el mismo invierno, con frecuencia muy rigoroso, no deja de haber hermosísimos días, porque las lluvias prolongadas sólo duran en la primavera. Es cosa singular que esta estación termina algunos años con heladas extemporáneas y es interrumpida con tormentas precoces, de las que ni el mismo invierno se ve exento. La naturaleza ha reunido en los Pirineos Occidentales todos sus tesoros: multiplica en ellos sus oposiciones y contrastes, mezclando á la vez las estaciones y los climas: la temperatura hace las más súbitas evoluciones: con frecuencia al declinar el día más hermoso, cúbrese el horizonte de un velo sombrío, llueve durante la noche, y á la mañana el sol aparece radiante en un cielo sereno y risueño: así brilla la belleza con nuevos resplandores (observa Chaho) después de haber enjugado el llanto que anubló su rostro. Retrato del clima de los Pirineos es su vegetación, rica y variada, móvil, llena de contrastes, de colores y matices fantásticos, tan pronto armoniosamente fundidos como en violenta oposición unos con otros. Lo que-

brado del terreno, la diferente dirección de las laderas y vertientes, la varia exposición de los terrazgos, abrigados unos de los vientos fríos del norte, y recibiendo otros sus gélidas y punzantes ráfagas, todo contribuye á que se produzcan en el suelo de la montaña cuantas especies y géneros de plantas conoce el botánico; aquí crecen las acuáticas, allá las alpinas, y junto á ellas las que son espontáneo y humilde tributo de los terrenos áridos y calcinados: las saxifragas, la campánula, la lentejuela musgaria, el acónito, las soberbias liliáceas, los eléboros, las valerianas, los euforbios, la genciana, el orégano, la germandrina, la eufrasia, el esquinanto, la tormentila, la sensitiva, la clemátide, el calamento, la salvia de monte y el pan de cuclillo de los Alpés, la digital purpúrea, la mandrágora y el árnica (1).

Igual riqueza y variedad presenta la fauna del norte de Navarra. Los mamíferos que disputan al hombre la posesión de sus montañas, son infinitos: allí tienen su estancia favorita la ardilla, la comadreja, el erizo, el tejón, la liebre, la nutria: la marta, que se oculta en lo más interno de los bosques, y aun el linco, aunque éste se va haciendo raro. El lobo y el zorro, peligrosos y destructores, abundan aunque los alimañeros los persiguen y las leyes conspiran á su extinción. El jabalí asoma con frecuencia por los maizales. De la familia de los rumiantes tiene el navarro el ciervo, el gamo, el corzo, el revezo (que va ya escaseando); la gamuza, de asta derecha terminando en gancho puntiagudo y de labio hendido, con ojos desprovistos de lagrimal. El rey de sus selvas y de sus solitarios montes es el oso, y por fortuna más común el negro frugívoro que el pardo carnívoros. Ni el uno ni el otro se dejan ver de día hasta que llega el buen tiempo: el oso negro se alimenta de moras y de uva silvestre, y se regala con la fragante fresa que tapiza hasta fin de otoño

(1) Entre los sabios y aficionados que más se han distinguido en el estudio de la flora de los Pirineos occidentales, figuran los franceses Tournefort, Palassou, Picot de Lapeyrouse y Ramoud.

las rocas expuestas al mediodía, y con la miel que mana en ciertas peñas de las altas colmenas que labran en sus grietas repúblicas seculares de abejas, allí congregadas en millares de enjambres acaso desde los tiempos de Íñigo Arista.— Para el estudio de la ornitología encierra la montaña de Navarra verdaderos tesoros. Entre las aves sedentarias de aquellos picachos, figura en primer término el águila grande de color pardo rojizo, la cual vive solitaria y taciturna, á diferencia del águila pequeña de plumaje gris salpicado de negro y blanco, que es inquieta y chillona. El nombre de *reina de las aves* que da el vasco al águila (*arraño*), indica su costumbre de posar en las peñas más inaccesibles, donde hace su nido é impera como soberana, ahuyentando con su presencia á todas las otras aves. Sólo una especie de alondra, que los franceses llaman *spipolète*, se atreve á acercarse á los dominios de la terrible reina de las alturas, durante el verano, para picotear sobre el amarillento césped la tierra fresca que sacan á la superficie de sus ocultas galerías los topos leonados en ciertas montañas próximas á las nieves perpetuas.

Por su situación entre el Mediterráneo y el Océano, es el Pirineo un punto natural de descanso para las tribus de aves viajeras que dirigen sus emigraciones anuales ya hacia el norte, ya hacia el mediodía; y la cordillera occidental que limita el país navarro, menos elevada y menos árida, atrae con preferencia á esos alados peregrinantes en quienes tanto tiene que observar el hombre estudioso por la infinita variedad de sus instintos, de su plumaje y de su canto. Dejo la palabra al sabio é ingenioso Chaho, que ha descrito con su pintoresco y ameno lenguaje esta gala de la naturaleza del Pirineo vasco como no lo ha hecho nadie hasta ahora. «Desde la primavera, las golondrinas de mar suben contra corriente nuestros ríos, cuya superficie rozan con sus rápidas alas, seguidas de las gaviotas, los quinchos y los pico-tijeras, que tienen sus nidos en los arrecifes del océano; la abubilla se deja ver en seguida sobre las puntas de los brezos que empiezan á verdear, y canta erizando las plumas de su linda

cresta; el cuco aparece en los bosques antes de brotar la hoja, y hace oír las dos notas de su monótona cantilena que repiten el eco y los niños de la aldea. Llega el verano, y ya de vuelta, la brillante oropéndola desafía á los tordos con sus alegres silbidos cadenciosos; la naturaleza despierta y se anima; los bosques han recobrado su verdor, y las grandiosas voces de los Pirineos elevan sus armonías proclamando la estación de los amores. Los buitres, desterrados por el invierno, vuelven á entrar de tropel en las montañas; el barbudo, con sus anchas alas cuya longitud supera á la de las grandes águilas, remonta su vuelo; el arrián, de pelada cabeza, baja á lo profundo de las torrenteras y se cierne sobre las aguas.— Con el otoño llegan los mosquiteros, los becafigos, los estorninos, los malvies y las codornices, mientras que sobre la dorada retama y los amarillentos zarzales, los ruiseñores, los pardillos, los jilgueros y todo el grupo de las aves cantoras vuelan en bandadas, se llaman con energía unas á otras y se juntan, repiten después á coro sus estribillos de despedida, y parten á buscar en lejanas tierras otra primavera y otros amores.— La hermosa paloma oceánica (*urzu*), la torcaz azulada, que tan importante papel desempeña en la cosmogonía ibérica (1), llega á los Pirineos en Setiembre: los naturalistas la consideran como el tronco de las palomas domésticas; nada iguala á la rapidez de su ruidoso vuelo; es imposible formarse idea del estrépito que al descender á los grandes bosques de hayas acompaña á esta ave, huésped inofensivo de la fronda, hoy símbolo de la inocencia y de la dulzura. El fabuco de que se alimenta hace su carne delicada, y es causa de la crueldad que cometen con ella ora el cazador, ora el gavilán ó el aguilucho, que como aves de rapiña son sus enemigos. La velocidad de su vuelo suele ponerla á salvo. El gavilán se lanza perpendicularmente desde tierra y se echa de

(1) En este paréntesis ó inciso se muestra Chaho fiel á su sistema de considerar á los vascones como los descendientes legítimos y representantes de los antiguos iberos.

lomo para arrebatarse su víctima, á la cual golpea con su cortante pico y su huesoso pecho; las palomas torcaces, instruídas por el instinto, evitan su ataque descendiendo súbitamente en su vuelo.— La llegada de las aves de paso á una comarca está determinada por la madurez de los frutos de que cada especie se alimenta: unas llegan al Pirineo al empezar la recolección; otras en la época de la vendimia. Las grullas forman la retaguardia de la peregrinación; pero dirigiendo su vuelo por encima de la región que el águila frecuenta en el estío, estas aves pasan sin detenerse, á menos que el mal tiempo ó las nieblas no desconcierten su línea de batalla y las obliguen á descender. La garza real, la cerceta, el ánade, el ansarón, la abutarda y la cigüeña residen en los Pirineos una parte del invierno. Hay un ave de paso más famosa y rara: el cisne montés, que se distingue del cisne doméstico por su pequeñez, y que por la configuración especial de su traquearteria y de su paletilla se halla clasificado entre las aves cantoras. El estudio que Mongez y Chantilly han hecho de esta ave no permite ya poner en duda la veracidad de la antigua tradición del canto del cisne. Picot de Lapeyrouse ha disecado algunos. No aparecen en los Pirineos sino de siglo en siglo, durante los inviernos más rigurosos (1).

Nada te he dicho de la orografía, hidrografía, flora, fauna y clima de la parte meridional de la provincia: y es poco en verdad lo que en estos particulares me sugieren mis cuadernos de viajero. Entre la montaña y la ribera se puede establecer la divisoria por Sangüesa, Ujué, Tafalla, Artajona, Mendigorria, Estella y la Berrueza. Esta zona del sur de Navarra es una vasta llanura que se extiende hasta las provincias de Zaragoza, Soria y Logroño, sin más montañas que las que ciñen por norte, sur y oeste las Bardenas reales; los montes del Cierzo y el Mojón de los tres reyes en el partido de Tudela; las alturas que perfilan los barrancos de la Castellana, del Salado, de la Para-

(1) CHAHO, *Los Pirineos: Revista éuskara*, t. II, p. 276 y siguientes.